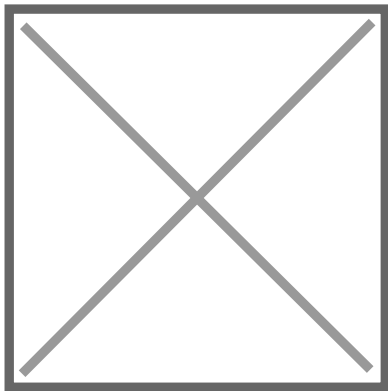




693617

ARTÍCULO E21

Recordando a Enrique Lihn

Por Enrique Molleto

CONOCI a Enrique Lihn de poco más de veinte años, en los años del periódico “El Diario Ilustrado”, donde acudíamos a entregar nuestros trabajos a Lautaro García, subdirector del diario. Éste, quien había sido un famoso cantante, nos dispensaba un trato paternal. Mientras examinaba aquellos dibujos de Enrique Lihn que ilustraron algunas cuentas en la primera plana, vestía con “ah” y unas “ah” que eran oídas en todas las dependencias del diario.

Estas ilustraciones ejercían una atracción hipnótica cuando el observador descubría al surgir un trasfondo que era no tenía fin, y como el hilo de Ariadna, era posible llegar hasta el fondo de las intenciones figuradas que recordaban las paginas de Virgilio.

Por cierto que los primeros contactos fueron de recíproca desconfianza. Creo que el cuello y la curvatura le hicieron pensar en una obsesividad más por lo establecido, que el rechazo variando con espontáneos desahogos. Su aversión contra la mundanidad, ociosa y banal era probablemente el término visible de un quebranto interior, fruto del difícil somado entre vida y arte, equilibrio en el que iba consiguiendo depuración pero a expensas del tiempo, que había valioso y no despreciable. Fue momento fue esa contradicción que lo llevó a más de algún exceso, los que, sin embargo, nunca alcanzaron a chocar con su laboriosidad. Los compromisos fueron muchos pero duraron poco, como cuando se usó a una tercera citación o fue a refugiarse al interior de la Viga Central con el entonces elegante poeta Ruperto Salcedo, para quien la aventura estaba de sobre recompensada con sólo ver pintado el más puro asombro en las caras de esas dueñas de casa, que luego de dar una propina por el “acarreos”, recibían copiosos agradecimientos en lengua francesa. Sin embargo, salir a la superficie tras una inmersión de algunos días en el submundo fue tarea posible para Enrique Lihn, no así para Ruperto que pagaría después por su desahogo de “enfant gâté”.

Ya en esa época a Enrique se le conocía como el poeta Lihn, reconocimiento espontáneo que los escritores uruguayos a muy cortados coligados. Así, hoy un poeta Artache, un poeta Rabin, un poeta Cárdenas, pero Lihn era el “poeta” por antonomasia. Parecía que todo su cuerpo y su vestimenta proclamaban el atributo conseguido aun antes de que apareciera “Nada se escurre”, su primer libro.

Con el tiempo, fueron grandes amigos. Fuéramos parte del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile, llamado de los Enriquez (por L. Enrique Delano, Enrique Belli, Enrique Lihn y yo) y llegamos a vernos a diario. Sin embargo no era fácil articular esta amistad con Pablo Neruda al que Cecilia Cárdenas y yo profesábamos gran afecto.

Neruda, a quien consideraba capaz del gesto más noble con sus amigos (como el de atravesar Isla Negra llevando con él Dr. Orrego un chubasco de agua para mi hija Margarita que estaba enferma, en momentos en que de las lavas de nuestra casa salía sólo agua sucia) en lo se

graba mucho éxito en sus relaciones con los buenos poetas y se veía mejor dispuesto con los poetas menores a quienes ayudaba prolongando sus libros. Para convencer a Lihn y poderlo arrastrar las veces que íbamos a la casa de Pablo, partiéndonos lo que llamó los “buenos de pelo” que Neruda iba a lanzarlo en forma de elegio, dichos como al pasar y con la misma intención que dando las masas de campo sin alimento a perros y gallos.

Entre risas y “buenos de pelo” conseguí una cierta simpatía y si bien no llegaron a ser verdaderos amigos, lo las arreglaron para animar conversaciones, apoyados a las grandes dosis de sociabilidad que ambos tenían.

Asimismo era la capacidad de Enrique Lihn, como “conversador de aguas profundas”, capacidad que no atribuía a su “maduro origen alemán”. Confiérase a tal inteligencia mental, sólo recurrir a intuiciones o iluminaciones, iluminaciones así, hallazgo o más bien subterfugio que desconcertaban los argumentos de Enrique Lihn, cuya desconfianza iba ensanchando con nuevas premisas que luego defendía con calor. Recuerdo conversaciones torrenciales a lo largo de la playa de Llanquihue, que seríamos acompañados de Sergio Insuza, y Alda, la mujer, discutiendo todos al mismo tiempo sobre el valor de la libertad.

Esta lucidez mental, que no siempre en buena compañía de la creatividad más ligada al sentir que al conocer, llevó, sin embargo, a Enrique Lihn hasta una brillante, rica y particular prosa, acaso la mejor entre nuestros escritores (que me perdonen Mauricio Wacziarg, Adolfo Cordero, Cecilia Cárdenas, los dos Valdés, Jaime Quezada y otros notables que “aman las palabras” como pedía Dylan Thomas).

En este terreno Enrique Lihn era un “huerfano”, un buscador como dicen los alemanes, cuando hacen del verbo muchos el patrimonio presente y lo usan substancialmente, tratando de encontrar la expresión adecuada para un afán creativo que desborda su sensibilidad. Más de una vez hizo y rehizo el curso de los libros, del comic, de la pintura y la pantomima, buscando de “sacar el grito a la piedra”, según decía Miguel Ángel.

Pero fue la palabra escrita que lo condujo a una incuestionable superioridad expresiva y no la efímera virulencia del word-show. En este ejercicio observamos que debe recurrir a las frases de largo aliento para acoger el embudo, también de largo aliento, de sus reflexiones. La lucidez cava profundo en Lihn y torna la materia literaria en una densa substancia.

Así va identificando una modalidad propia, simbólica de contenido y expresión y lo consigue con lo que yo llamaría “la consagración de la palabra”, aludiendo a la utilización medida, casi avara, siempre concisa que hace del vocablo, hasta conseguir una fluidez y transparencia en la que pasa inadvertido el andamiaje que sustenta. Luego, los hallazgos expresivos complementan la excelencia de sus recursos.

Todo esto es, sin embargo, una visión superficial porque el isoberg que conduce a Lihn se hunde profundo en el oscuro revolver de viejas y nuevas heridas, de viejas y nuevas preguntas, que no cesan de acometer al que tiene la desgracia de pensar. Para él hay un espacio grande que cruzar. Y no saben por qué ni para qué. Lihn procura hacerlo indolentemente. Tiene el desplante, también posee la resistencia de un mono perillado a prueba de golpes. Persevera, cree ya, porque aun sigue creyendo en el hombre. Y porque ama.

Así, a partir de 1975, vuelve a la experimentación de los primeros años. Escribe novelas que por su densidad fueran una agresión de vertiginos de gris bellos, pero apabullantes por su extensión. En esta línea se ordenan tres obras de teatro de amplias dialogaciones. Finalmente, el ensayo sobre el estructuralismo y varios “collages audiovisuales”: que, con un filme, inauguraron una nueva modalidad en su línea de trabajo.

Digamos que fueron estos “collages” audiovisuales un intento de recuperar el valor de la composición libre y sacudieron nuestro ambiente campo de la experimentación off. Para distinguirse de las corrientes europeas de los años 60, especialmente aquellas que en Milán aunarban la participación de músicos como Luigi Nono y pintores como Emilio Vedova, Perilli y otros que buscaban por la vía del word-show la renovación del espectáculo teatral dentro de un compromiso social. Lihn lo intenta, pero a la manera de Pasolini que por los años 30 también luchaba en aguas de la problemática social, tras nuevas relaciones entre espíritu, hombre y movimiento, apoyándose en proyecciones estadísticas que lo aproximaron al expresionismo alemán de transición.

Tan importante como los “word-show” fue el filme, especie de “divertimento”, un grotesquismo sin continuidad narrativa entre los “personajes”, pero con un mensaje unitario que otorgaba robustez y organización expresiva, cuya mecánica vivió curiosamente a evocar las “voluciones” del expresionismo alemán. En esta película tuvo Lihn ocasión de lucir sus dotes histriónicas, que evidenciaban su pasado de mimo y su inconformidad por el teatro. El filme incluía algunas penalidades que el propio Lihn habría aplaudido sin reservas y la buena cámara de Humberto Banderas que no dispuso ni siquiera de iluminación. Dentro de esta pobreza, Lihn intentó verse en los corrientes que manipulaban el video, impulsado por la naturaleza promiscua que tiene este medio para conectarse masivamente. Ya en ocasiones muy lejanas Lihn había manifestado su descontento por la escasa circulación de su obra y de toda obra impresa. Promete dejar la poesía. Afortunadamente no cumple, pero se vuelve en un plan de relaciones masivas. En estos ajros conoce mucha gente e incluso puede renovar sucesivamente el “parque selectivo” del cine ven.

Al pasar, el tiempo fue resaca de muchas maneras. Desde la época de Carlos Paz a la de Cristián Huneeus, pasando por Jorge Eliot y Raimundo Chaigneau, fueron muchos los amigos que le dejaron. No sólo ellos, todo un mundo de escritores y críticos que en cierto modo forman el “habitat” del hombre de letras. Basta recordar el mundo que formábamos los sábados por la mañana en el café San Pablo de calle Huérfanos. Primero fue Mario Espinosa, Jorge Jaime Lazo y Carlos de Békis, después Raimundo Chaigneau y el grupo Ricardo Lathum. Posteriormente Enrique Belli, Elio Rodríguez, Armando Casagrande. De las mesas vecinas dijeron adios el salutario Trófilo Cid y Braulio Aravena, quien se sentaba con los aljorconeros. Por último, se fue el propio San Pablo en una bolina de póquer que dejó la demolición. “El tiempo que todo destruye” canta Carlos Gardel y repite Jaime Lazo con su buena voz, tal vez pensando la nueva dedicación que le da el Ministerio de Relaciones Exteriores. Desde Unalakilla me escribía distintamente que se encontraba en un pueblo con mil habitantes y ningún alma.

Fueron así, muchos los estímulos que impulsaron a Enrique Lihn hacia una actividad febril, en la que la muerte lo sorprendió.

Algunas hermanas de Enrique habían nacido en el palacio Mac Clure, en una época de esplendor de los Lihn. Sus padres y tío eran agraciadas personas de encanto trazo, quienes se divertían haciendo espíritus, gracias al poder telequinético que uno de ellos poseía en grado sumo. Esto hizo que Enrique naciera en un medio donde todo era posible, oyendo hablar de espíritus que se variaban sin ayuda de nada y cuyos contenidos hablaban ordenadamente por las escaleras de las torres del palacio, siguiendo un rítmico compás. Esta curiosa faceta del mundo familiar de su niñez le dio, sin lugar a dudas, una capacidad limitada para el asombro y la curiosidad, ambos grandes acicates de la creatividad.

Imagínense, sólo imaginemos, a Enrique niño, escuchando mientras sube, este torrente de raras que se le viene encima, sin dejar de reír, como en un juego donde Hitchcock sólo no se hace presente.

Así lo vemos “para siempre”, en actitud de despedida, agitando los brazos como en la torre del palacio Mac Clure, renovando el silencio con su risa y subiendo. Subiendo.

Recordando a Enrique Lihn [artículo] Enrique Molleto.

Libros y documentos

AUTORÍA

Molleto, Enrique, 1922-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recordando a Enrique Lihn [artículo] Enrique Molleto. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile